

visto despedir este humo y alguna tenue luz, fué el dia 25 de julio de 1660. Está la ciudad situada en una hoya ó valle hermoso, que baña el rio Atoyac, no muy caudaloso en este parage, si no es en tiempo de aguas. Algunos grandes barrios están del otro lado del rio, como el de *S. Francisco, Analeo, &c.*, en considerable altura, respecto á lo demás que está á nivel del rio. La Catedral, *S. Agustin*, la Soledad, *S. Javier*, el colegio del Espíritu Santo, son sus mas bellos edificios. Tiene dos conventos de *Sto. Domingo* y una recoleccion de *S. Francisco*, de *S. Diego*, y un hospicio de misioneros apostólicos, extramuros de la ciudad, de la Merced, del *Cármén*, de *S. Juan de Dios*, de *Belen*, de *S. Hipólito*, Oratorio de *S. Felipe Neri*, de *S. Agustin*, tres colegios de la Compañía de *Jesus*; el uno, nuevamente fundado para solo ministerios de indios, cuatro parroquias y algunas otras con derechos de tales: once conventos de monjas, tres Seminarios; el uno tridentino, á direccion de clérigos seculares, el real de *S. Ignacio* de estudios mayores, y el mas antiguo de *S. Gerónimo*, de estudios de gramática; los dos á cargo de la Compañía de *Jesus*, colegio de niñas, casa de recogidas, el hospital de *S. Cristóbal* para niños expuestos, el hospital real de *S. Pedro*, fuera de otros que están á cargo de familias religiosas. Tiene mas de cuarenta templos que merezcan este nombre, fuera de otras muchas capillas y hermitas, que en cualquiera otra ciudad ménos grande podrian pasar por tales. Hay dentro de la ciudad muchos ojos de agua, aunque los mas infestados de azufre, de que son muy medicinales los del ojo, que llaman de *S. Pablo*. A causa de los vapores sulfúreos, y de la situacion coronada toda de altos montes, es el terreno expuesto á tempestades formidables, de que sin embargo ha conseguido bastante alivio, despues que se juró por patron, y se erigió un hermoso templo al gloriosísimo Patriarca *Sr. S. José*. En el convento de *S. Francisco*, yace el venerable siervo de Dios *Fr. Sebastian de Aparicio*, y en el monasterio de la Concepcion, la venerable *Sor Maria de Jesus*, que esperamos ver en los altares.

Fin del libro segundo.

HISTORIA
DE LA PROVINCIA
DE LA COMPANIA DE JESUS
DE
NUEVA ESPANA.



LIBRO III.

SUMARIO.

Ordenes precisas de Roma sobre la administracion del Seminario de *S. Pedro*. Congregacion de la *Anunciata* en el colegio máximo, y efectos de los ministerios. Raros ejemplos de virtud en los indios de *Tepetzotlan*. Frutos del colegio de la Puebla. Mision á *Zacatecas* y principios de aquel colegio. Viene de visitador el padre *Diego de Avellaneda* y su carácter. Principio de las misiones de *Sinaloa*, descripcion de aquel pais y suscinta relacion de su descubrimiento y conquista. Pasa el noviciado al colegio de la Puebla, y casos singulares de sus ministerios y misiones. Congregacion de la *Anunciata* en *Oaxaca*. Principios de la fundacion de la casa Profesa. Celébrase la tercera congregacion provincial, en que es elegido procurador á entrambas cortes el padre *Dr. Pedro de Morales*. Muerte de *D. Melchor de Cobarruvias*, su elogio y testamento. Muerte del padre *Hernan Vazquez*. Mision á *Guatemala* y peticion de la ciudad al rey para que funde allí la Compañía. Mision á *Guadalajara*. Encomienda el virey á la Compañía la reduccion de los serranos de *Guayacocotla*. Sucesos de *Sinaloa* y primera entrada á *Topia*. Peste entre los indios, temblor de tierra y sus buenos efectos. Principios del colegio de Gua-

diana. Progresos de la Profesa y principios de sus congregaciones. Muerte de algunos sugetos en el colegio máximo. Ministerios y misiones en México, en Puebla, en Valladolid, Tepetzotlan y Veracruz. Encarga el virey á la Compañía la reduccion de los chichimecas en S. Luis de la Paz. Primera entrada á la Laguna de S. Pedro, y descripcion de este pais. Progresos de Sinaloa. Conspiracion contra el padre Tapia y su castigo. Conspiracion de Nacaveba, muerte del padre Tapia y su elogio. Consecuencias de este alzamiento. Arribo de nuevos misioneros, y estado de la mision. Estado del pleito sobre el sitio y fundacion de la Profesa. Muerte del padre Diego de Herrera. Celébrase la cuarta congregacion provincial. Ministerios y estudios del colegio máximo. Cátedra de escritura. Frutos de los demas colegios. Raros ejemplos de virtud en los indios de Pátzcuaro y en Tepetzotlan. Muerte del padre Carlos de Villalta. Mision á Acapulco y pretension de un colegio. Sucesos de los chichimecas. Reduccion de los Guasabes en Sinaloa, y de los fugitivos á sus pueblos. Pídense jesuitas para la conversion del Nuevo-México y para Californias. Progresos de las congregaciones del Salvador y la Anunciata. Mision de S. Gregorio y sus efectos. Calumnias contra los jesuitas en la Puebla, peste en Oaxaca y salud milagrosa en nombre de S. Francisco de Borja. Muerte del padre Gerónimo Lopez. Pretende el cabildo de Valladolid se encargue la Compañía del Seminario de S. Nicolás. Inquietudes en Sinaloa. Principios de las misiones de Tepeguanes y sus primeros frutos en el pueblo de Papátzcuaro. Sucesos de la mision de la Laguna y de S. Luis de la Paz.

Mutacion en el Seminario de S. Pedro y S. Pablo.

El colegio Seminario de S. Pedro y S. Pablo estaba en una situacion que no podia durar mucho tiempo sin alterarse la constitucion de su gobierno. La Compañía lo habia tomado segunda vez á su cargo por orden de la real audiencia, como dejamos ya escrito; pero aun este superior respeto no fué bastante para que en los siguientes cabildos no intentasen los patronos algunas novedades á que no se podia condescender sin deshonor. Informado nuestro muy reverendo padre general *Claudio Acuaviva*, envió órdenes muy apretadas al padre provincial *Antonio de Mendoza*, en que le mandaba que si aquellos señores (salvo el derecho de presentacion) no cedian á la Compañía todos los demas, quanto á la temporal administracion y gobierno económico del Seminario, se dejase del todo la direccion y se quitase aquel motivo de

discordias que podian ser de muy perniciosas consecuencias á toda la provincia. En consecuencia de esta orden, juntos en cabildo los patronos á 30 de julio de 1588, propuso el padre provincial las instrucciones que se habian recibido de Roma, bien seguro que no estaban los ánimos en disposicion de admitir tan duras condiciones. Efectivamente, habiendo escuchado aun la simple propuesta, no sin muestras de indignacion, el padre Juan de Loaiza, que era entónces rector, entregó las llaves del colegio, y volvió éste á su antiguo estado, bajo la administracion y direccion del *Lic. Francisco Nuñez*.

Miéntas que así vacilaba, y amenazaba próxima ruina el colegio de S. Pedro y S. Pablo, los dos Seminarios de S. Bernardo y S. Miguel, felizmente reunidos, bajo el nombre de *S. Ildefonso*, que se vió desde entónces como un presagio dichoso de su duracion y de sus aumentos, florecian cada dia mas en letras y en virtudes. Para el cultivo de estas en que ha puesto siempre la Compañía su principal atencion, se habia emprendido algunos años ántes una congregacion formada de los mismos estudiantes, bajo el amparo y advocacion de la Santísima Virgen María en el ministerio de su Anunciacion, que honraban con particulares ejercicios. Estas piadosas congregaciones eran ya muy frecuentes en Francia, en España, Italia y Alemania. La que se habia fundado en Roma, en nuestro colegio de estudios, era muy sobresaliente para que pudiese ocultarse á la paternal benevolencia del Sumo Pontífice Gregorio XIII, fundador de aquel insigne colegio. Habia tenido principio desde el año de 1563; en el siguiente se le dió el nombre de la *Anunciata*, con que hasta ahora florece. La frecuencia de los Sacramentos, la asistencia de las exhortaciones que les hacia su prefecto, la leccion diaria de algun libro piadoso, algunos ratos de oracion, la devocion al santo sacrificio y al Rosario, y otras oraciones en honra de la Santísima Virgen, eran sus principales ocupaciones. Los domingos, despues de vísperas, acompañados de sus maestros, visitaban las estaciones de Roma ó los hospitales y las cárceles, con una modestia y una fragancia de virtud que encantaba á toda la ciudad. El Soberano Pontífice, gozoso de ver en su colegio, no solo la regular observancia de los nuestros, pero aun en la mas tierna juventud, obras de tanta edificacion, la enriqueció con muchas indulgencias por bula expedida á 5 de diciembre de 1584. Despues Sixto V, por bula expedida á 5 de enero de 1586, concedió al general de la Compañía poder erigir en todos y cada uno de los colegios ó casas, una ó muchas con-

gregaciones, bajo el mismo ó diferente título y facultad para agregarlas á la primaria de la *Anunciata* de Roma, y concederles las mismas indulgencias que aquella goza. En nuestro colegio máximo de México, cuasi con los primeros estudios de gramática que allí se establecieron, habia tambien florecido esta piadosa congregacion. Tomó un nuevo lustre y formalidad, despues que juntamente con las sagradas reliquias se colocó en nuestra Iglesia la bellissima imagen de Nuestra Señora, de que arriba hablamos, y á cuyo altar quedaron vinculados sus devotos ejercicios. Aun despues de concluidos sus estudios, permanecian asistiendo á todas las funciones de la congregacion, con la misma puntualidad y exactitud los sacerdotes y personas constituidas en dignidad. Así lo practicaron, dando heróicos ejemplos de virtud por muchos años los Illmos. Sres. D. Juan Ladron de Guevara, arzobispo despues de la Isla Española: el Illmo. D. Bartolomé Gonzalez Soltero, inquisidor de México, su pátria, y obispo de Guatemala: el Illmo. D. Nicolás de la Torre, dean de la Sta. Iglesia metropolitana de México y obispo de Cuba: el Illmo. D. Alonso de la Cueva Dávalos, dean de la misma Iglesia de México, y su dignísimo arzobispo, despues de obispo de Oaxaca: el Illmo. D. Miguel de Poblete, arzobispo de Manila, y su hermano el Dr. D. Juan de Poblete, dean de la Sta. Iglesia de México. Los sacerdotes fuera de los ejercicios comunes de la congregacion, tenian, ó alguna conferencia sobre casos prácticos del moral, ó sobre los sagrados ritos y ceremonias de la misa, de que, para comun utilidad, imprimieron en nombre de la congregacion un utilísimo tratado. Imprimieron tambien catecismos de la doctrina cristiana para la instruccion de la juventud y gente ruda, y consecutivamente algunos otros piadosos libros, entre los cuales no tuvo el infimo lugar uno intitulado: *Sacra Poesis*, con versos muy ingeniosos á varios asuntos sagrados: obra de los mas bellos ingenios de nuestros estudios, capaz de servir de antidoto al veneno que suele beberse dulcemente en los mas de los poetas, y que abria en la Nueva-España el camino de conciliar el amor de las musas con una sólida piedad; á la manera que en otros siglos lo habian mostrado S. Gregorio Nacianceno y algunos otros de los santos padres.

Si los gloriosos trabajos de nuestros operarios y maestros así fructificaban en nuestros domésticos estudios, se puede imaginar fácilmente cuál seria la pública utilidad en los demás fervorosos ministerios, en que lograba su celo mayor esfera y mas proporcionado pábulo. Ma-

chos casos particulares refiere *la annua* del año de 1589 con visos de milagrosa providencia, que referiríamos gustosamente si no escribiéramos en un siglo en que la libertad de la crítica ha cuasi degenerado en una *irreligiosa incredulidad*, y por otra parte nos persuadimos á que los ejemplos de sólidas virtudes con que mas instruye la historia, aunque sin el brillo exterior, no tienen ménos de milagros, y alientan mas á la imitacion. Habia hecho en nuestro colegio, pocos dias ántes, confesion general, y proseguia frecuentando los Sacramentos uno de los capitanes que habia entónces en la ciudad. Pasaba acaso por una calle acompañado de algunos de sus soldados, cuando un hombre temerario le disparó de muy cerca una pistola, aunque con poco ó ningun efecto. Corrian ya los soldados á apoderarse del asesino y vengar la injuria de su capitan; pero éste, lleno de dulzura y caridad cristiana, los detuvo dando tiempo á su enemigo de ponerse en salvo, diciendo á sus compañeros: ¿cómo pretenderia yo que el Señor me perdonase mis culpas si no perdonara la ofensa que á mí me hace un hombre? Esta moderacion de ánimo fué tanto mas heróica en este sugeto, cuanto era mas alto el carácter que lo distinguia en la república. Habia encendido en aquel tiempo sobre no sé qué competencia de jurisdiccion, el fuego de la discordia entre el Exmo. Sr. D. *Alvaro Manriquez de Zúñiga*, virey de México, y la audiencia real de Guadalajara. La revolucion habia ya prorumpido en guerra intestina, y de una y otra parte se habia llegado á las manos. Roto el freno de la veneracion y del respeto con que deben mirarse, y se han mirado siempre en la Nueva-España, las personas que S. M. pone en su lugar para el gobierno de estos reinos, todo caminaba á una sediccion general: comenzó á envilecerse la autoridad viendo que se le podia oponer impunemente. Una persona distinguida de la ciudad le faltó públicamente al respeto con palabras poco decorosas y cuasi amenazadoras. El virey lo habia mandado poner preso, y se habia mostrado inexorable á todas las súplicas é intercesiones de sus mas favorecidos. Entre tanto oyó predicar aquella cuaresma á uno de nuestros operarios sobre el perdon de las injurias, y saliendo del sermon mandó luego poner en libertad á aquel ilustre preso, y lo trató con las mayores muestras de benevolencia y de amistad, aun sabiendo muy bien lo que él y otros de la ciudad habian escrito contra él á la corte, y que fueron la causa de que á fines de aquel mismo año, cortado violentamente el tiempo de su gobierno, volviere á España sin honor y sin bienes, que se le mandaron confiscar.

No es tanto admirable este ejercicio de virtud en personas cultas y tan arraigadas en las máximas santas del Evangelio; los indios del pueblo de Tepotzotlán las practicaban de un modo que sería muy digno de atención aun en siglos mas felices. Se vió una india doncella amenazada de un puñal si no condescendia á las torpes solicitudes de un jóven lascivo, responderle con serenidad y valor: *Yo, Señor, sería dichosa con morir por la defensa de mi virginidad, y tengo entendido que esta sería para mí una especie de martirio muy agradable á los ojos de Dios.* Otra que habia heróicamente resistido varios asaltos, padeció del mismo que la solicitaba los mas crueles tratamientos. Arrastrada por los cabellos, herida y bañada en sangre vino á la Iglesia muy gozosa á dar como dijo á uno de los padres, gracias á nuestro Señor de haberle dado tanta fortaleza para guardar sus mandamientos y padecer por Su Magestad. Prometia un español perdidamente apasionado por una muger, no sé qué suma de dinero á una virtuosa india para que practicara una diligencia conducente á su perverso designio; pero ella horrorizada; y qué? le dijo, ¿tan poco pensáis que vale mi alma que haya yo de venderla al demonio por tan bajo precio? Una india forastera, huyendo de las persecuciones de sus deudos que querian casarla, se habia refugiado en el pueblo de Tepotzotlán, donde sabia que otras muchas servian al Señor en sus mismos santos propósitos. Se acogió á la casa de otra doncella muy parecida á sí en el espíritu; pero no faltándole á una y otra graves persecuciones, determinaron dirigir todas sus buenas y fervorosas obras para alcanzar del cielo una pronta muerte en virginidad y pureza; así lo habian tratado con su confesor, y esta era la mas frecuente y la materia mas dulce de sus conversaciones. Con ocasion de un nuevo matrimonio que en aquellos mismos dias se proporcionaba á una de ellas, y que su mismo confesor, temeroso de los peligros del mundo le proponia con eficacia, fué necesario apartarlas y poner á la forastera en casa de una honrada y virtuosa española. La misma aficcion y lucha de su espíritu le encendió una calentura de que murió á los cinco dias. Su piadosa compañera habia cuasi al mismo tiempo gravemente enfermado, y hablando en el delirio de su enfermedad aquel mismo dia, se le oyó repetir varias veces: ¿dónde vas hermana mia? ¿dónde vas? ¿por qué me dejas? Espérame, ya te sigo. No dudaron los circunstantes que hablaba con su querida compañera que acababa de morir poco ántes, y el suceso comprobó la verdad, pues habiendo dado aquella tarde grandes muestras de un pronto

alivio, al dia siguiente murió, y fueron, á lo que podemos verosímilmente prometernos, á seguir juntas al Cordero de Dios, único esposo de sus bellas almas. Otra de la misma profesion, asaltada de un ligero achaque, afirmaba sin embargo que habia de morir dentro de poco. No le falló su esperanza; llegó muy en breve á los términos de la vida: por sus acciones y cortadas palabras, creyeron los asistentes que la habia favorecido el Señor con alguna celestial vision. En efecto, poco despues de aquella especie de raptó volvió en sí, y entonando la Salve de nuestra Señora con la gracia y dulzura de un ángel en el semblante y en la voz, espiró plácidamente en brazos de su divino Esposo. Su cuerpo se halló entero é incorrupto despues de un año, y aun lo que es mas, (añade en su manuscrito el padre Martin Fernandez) frescas las flores de la guirnalda que en testimonio de su virginal pureza habia llevado al sepulcro.

Aunque en un sexo tan débil parezcan con tanto esplendor las fuerzas de la gracia, no es ménos digna de admiracion la virtud de un rico y noble mancebo, ni prueba ménos el floreciente estado de la cristianidad de Tepotzotlán. Era este un jóven de las primeras familias entre los indios, y en quien por derecho recaia despues de la muerte de su padre el señorío de la populosa ciudad de Cholula, y sus contornos. Habia discurrido algun tiempo sin mas fin que el de la diversion y curiosidad por muchos de los lugares cercanos. Pensaba ya volverse á su pais cuando llegó á Tepotzotlán. La policia en que vivian aquellos indios, la aplicacion al trabajo, la instruccion y caritativa asistencia de los padres, y la quietud y hermanable union de tantas familias, le encantó, y determinó quedarse en el Seminario de S. Martin. Su capacidad nada vulgar, su juicio, aun en los pocos años, bastantemente maduro, y aquel género de circunspeccion y medida de acciones, que *aun en las naciones mas groseras suele ser el carácter de la nobleza*, le hizo muy presto distinguirse en todo el pueblo, tanto en la política como en el ejercicio de la virtud; estuvo algun tiempo en el Seminario, y apenas salió cuando tuvo noticia de la muerte de su padre, y como lo buscaban con ansia por todas partes para sucederle en aquella especie de gobierno, que aun permanecia vinculado á su ilustre familia, el virtuoso, conociendo bien cuanta fuerza tiene el atractivo de la riqueza y la dulzura del señorío para mudar el corazon mas recto, renunció generosamente á todo cuanto le prometia el mundo, y escogió vivir desconocido y pobre en Tepotzotlán para no esponer su alma y

su virtud á una prueba tan dudosa. Se acomodó por un moderado salario en la tienda de un **sastre** en que pasó un poco de tiempo, dando admirables ejemplos de cristiana piedad. El Señor, siempre rico en misericordias, no dejó muchos días sin premio una accion tan heroica. De allí á poco, acometido de una enfermedad, entre tiernísimos coloquios y actos heroicos de todas las virtudes, pasó con una admirable tranquilidad á recibir el ciento por uno de lo que en la tierra habia tan gustosamente sacrificado al amor de la virtud y al servicio de S. M. A vista de tan grandes ejemplos de virtudes heroicas, á nadie se hará increíble que una diosa infame que cerca de aquel pueblo se veneraba en la gentilidad, la viese uno de los mas fervorosos neófitos desvanecerse en negro humo, quejándose de que la obligaban á desamparar aquel sitio, y de que aun los tiernos niños de los cristianos se burlasen de lo que sus padres habian adorado por tantos siglos. Tenian estos dichosos indios por un principio muy asentado, y lo confirmaba bastantemente la ajustada conducta de su vida, que el que comulgaba una vez no habia de volver jamás á las culpas pasadas.

Con tan bellas máximas se gobernaba aquella floreciente Iglesia; y ya que hemos propuesto estos generosos ejemplares á la imitacion de todo género de personas, no será razon que pasemos en silencio un caso de que podemos sacar bastante instruccion nosotros mismos, los que por la misericordia de Dios hemos sido llamados á la vida religiosa, y singularmente á la Compañía. Hemos dicho ya mas de una vez el singular esmero con que el colegio de la Puebla, desde los principios de su fundacion, se habia aplicado al utilísimo ministerio de los hospitales, de los obrages y las cárceles: visitábanlas con frecuencia, procurábanles socorros de personas piadosas, y se les llevaban del colegio luego que estuvo en estado de poderlo hacer; pero en ninguna otra ocasion lucia tanto la caridad de nuestros operarios como cuando algunos debian ser ajusticiados por sus delitos. Pasaban á su lado el dia y la noche, haciéndoles aprovechar cada uno de aquellos preciosos momentos. Estaba ya en este triste estado un hombre, y llegándose la hora de sacarlo al suplicio, dirigiendo en particular su oracion ácia los muchos jesuitas que se hallaban presentes, habló de esta manera, interrumpiendo á cada paso el discurso por la abundancia de las lágrimas: „Quiero decir á vuestras reverencias, padres, en este último trance de mi vida, una cosa en que pueda resarcir con el escarmiento, el escándalo que dí con mis malos ejemplos. Yo, miserable de mí, viví algun tiem-

po en la Compañía de Jesus: viví quieto y tranquilo todo aquel tiempo que me apliqué con fervor á la observancia de aquellas menudas y santísimas reglas. Sobre todo, experimenté un singular consuelo y aliento para la perfeccion en dar á los superiores una exacta y sincera cuenta de mi conciencia; pero Adán no estuvo largo tiempo en el paraíso. Me acompañé con uno de aquellos sugetos, que no contentos con su tibieza, procuran apartar á otros del fervor. Comenzó á inspirarme mas con el ejemplo que con las palabras, sus fatales máximas, y entre todas aquella perniciosísima de que las reglas de la Compañía no obligan á pecado, y que no se debia hacer mucho escrupulo de quebrantarlas. Yo, infeliz de mí, fuí poco á poco perdiendo el miedo á la transgresion de las reglas, me enfrié en la oracion, comencé á recatarme de los superiores, sin dar mas cuenta de mi conciencia que en aquellas inexcusables ocasiones, y entónces no con la exactitud y sinceridad que debia. Finalmente, conforme á aquella sentencia del Espíritu Santo, tan experimentada en la vida espiritual, el desprecio de las cosas pequeñas me condujo insensiblemente á otras mayores, hasta que despedido de la Compañía me entregué á todo género de vicios, que me han traído á un estado tan infeliz como el de concluir mi vida con un vergonzosísimo suplicio.” Así acabó aquel miserable, dejándonos la mas importante leccion, que ojalá no hubiésemos visto despues confirmada con tantos y tan espantosos ejemplares.

En las demas partes en que habia colegios ó residencias de la Compañía se habian hecho misiones seguidas con aquel fruto que acompaña siempre á la fecunda semilla de la palabra cuando se predica con pureza y con fervor. De la que se hizo por este mismo tiempo á la ciudad de Zacatecas tuvo principio la fundacion del utilísimo colegio que tiene allí la Compañía. Desde muy recien fundada la provincia vimos ya las fervorosas espediciones del padre *Hernando de la Concha* en este real de minas con mucho consuelo del venerable prelado D. Francisco de Mendiola, y mucha utilidad de aquel pueblo que desde entónces habia pretendido con instancia fijasen allí residencia los jesuitas. Al padre provincial *Pedro Sanchez*, que fué personalmente á reconocer el estado de aquella fundacion, no pareció por entónces oportuna, aunque para satisfacer á la piedad de aquellos ciudadanos continuó enviando algunas cuaresmas al mismo padre Concha, de que tan alta idea se habian formado aquellas gentes, y otros sugetos muy semejantes á él en el espíritu apostólico. Despues de establecida la Compañía

ña en Guadalajara, habia mas oportunidad para frecuentar estas correrías, que tuvieron siempre muy felices sucesos. A instancia del Illmo. Sr. D. Fr. *Domingo de Arzola*, el padre Pedro Diaz, rector de Guadalajara, envió ésta cuaresma á los padres *Pedro Mercado* y *Martin de Salamanca*. El ardiente celo de estos dos misioneros, junto con las repetidas pruebas que tenian de la piedad, el desinterés y la caridad de los jesuitas, movió últimamente á los ciudadanos á destinar una casa á que añadieron un sitio cercano á una hermita de S. Sebastian, y solar muy capaz de que desde luego hicieron donacion para alojamiento fijo de los padres, siempre que viniesen á hacer mision á la ciudad, y algun dinero para el necesario acomodo de las piezas. No pretendieron por entónces mas, aunque no los engañó su inocente artificio, con que creyeron tener despues mas fácil entrada á su pretension de que lograron el éxito cumplido al año siguiente.

En efecto, vino el año de 1590 por visitador de la provincia el padre Diego de Avellaneda, rector que habia sido algunos años del colegio recién fundado en Madrid. Era el padre visitador uno de los mayores hombres en letras y virtud, que habia venido á las Indias. Asistió con voto á la congregacion general en que fué electo el padre *Diego Laines*, y este sapientísimo varon, que tambien podía conocer sus fondos, lo detuvo en Roma para leer teología en el colegio romano, y ser uno de los fundadores de aquellos estudios proporcionados al cultivo y grandeza de la capital del mundo. Vuelto á España no pudo ocultarse el resplandor de su literatura y su piedad á los ojos del Sr. D. Felipe II, que en compañía de su embajador el Exmo. Sr. D. Francisco de Mendoza, conde de Monteagudo, lo hizo pasar á Alemania, en que consiguió gloriosísimos triunfos á nuestra santa fé, especialmente en una nobilísima princesa que trajo de la secta luterana al gremio de la Iglesia, y en su seguimiento otras 120 personas de no muy inferior calidad. Miéntras se detuvo el padre en la corte de Viena se efectuó el matrimonio de la serenísima infanta Doña Isabel, hija de Maximiliano II, con Carlos IX, rey de Francia. El emperador, deseando que tuviese al lado un sugeto de tan alta virtud y consumada prudencia, no tuvo que deliberar, y le dió por confesor al padre Diego de Avellaneda, que en efecto acompañó á la reina hasta las fronteras de Francia. En el viage no pudo ménos que conocer la sombra que hacia su presencia á los príncipes y nobleza de Francia, que formaban aquella augusta caravana. La celosa política de esta nacion no pudo di

simular la pena que le ocasionaba ver á un *español*, aunque de tanto mérito, introducido en el palacio de sus reyes. Con este motivo el prudente y religioso padre habló á S. M., y huyendo aquel honor que siempre habia mirado como carga, alcanzó de ella licencia para volverse á Viena, en que dejó al emperador Maximiliano no ménos edificado de su religiosidad, que admirado de su prudencia.

Tal era el nuevo visitador de la provincia de México, bajo cuya conducta comenzaremos ya á ver con nuevo semblante las cosas de la Compañía en Nueva-España, y estender esta vid hermosa sus vástagos y sus pámpanos del uno al otro mar en el descubrimiento y conquista de nuevas naciones al imperio de Jesucristo. Poco despues de su llegada, sabiendo la bella disposicion de los ánimos, y singular benevolencia que habian siempre mostrado á la Compañía la ciudad y real de minas de Zacatecas, envió allá á los padres Agustin Cano y Juan de la Cagina, hombre de una rara elocuencia y talento singular de manejar los corazones y aficionarlos á la virtud. Dióles órden para que admitiesen aquella ténue donacion y fijasen allí su residencia, como se ejecutó efectivamente á fines del mismo año; consiguiendo de la ciudad se nos diese la vecina hermita de S. Sebastian para el ejercicio de nuestros ministerios, y añadiendo los mas distinguidos sugetos de aquella república copiosas limosnas para el sustento de los padres, y para el adorno y necesidades de la pequeña Iglesia. Los padres comenzaron luego á hacer un gran fruto, tanto en los españoles como en los indios y otras gentes, que en gran número se empleaban en el servicio de las minas. Estas han sido las mas antiguas y las mas fecundas de Nueva-España. La provincia de Zacatecas, que dió el nombre á la ciudad, tiene al Norte la Nueva-Vizcaya, al Poniente las provincias de Culiacán y Chiametlán, al Sur las de Guadalajara, y al Oriente las tierras de Pánuco. Estas regiones, como las de Pánuco, Jalisco y Culiacán, las descubrió y conquistó Nuño de Guzman, ó segun otros, Lope de Mendoza, á quien Nuño habia dejado por su teniente en Pánuco, con órden de salir á descubrir por el lado del Poniente. La ciudad se fundó algunos años despues con ocasion de sus ricas minas, en cuya esplotacion eran muy incomodados por los chichimecas, gente belicosísima, y que por armas no fué posible sujetar en muchos años. Los primeros pobladores de Zacatecas se dice haber sido Cristóbal de Oñate, que habia acompañado en su espedicion á Nuño de Guzman y Diego de Ibarra. Aun despues

Desoripción
de Zacatecas

de poblado por los españoles el país no dejaron de hacer por muchos años continuas correrías los bárbaros que tenían infestados todos los caminos. Está situada la ciudad en 23 grados y 15 minutos de latitud septentrional †. La region es estremamente fria y seca, sumamente escasa de trigo, maiz y frutas, fuera de tunas de varias especies de que están cubiertos siempre los campos. El terreno es desigual y quebrado, penetrado todo de riquísimas vetas de plata. Al Norte tiene un alto monte que llaman la *Bufa*, de que nacen tres hermosísimas fuentes de muy bellas aguas. De esta ciudad salió por los años de 1554 D. Francisco de Ibarra, por orden del Exmo. Sr. D. Luis de Velasco, el primero, al descubrimiento y poblacion de las minas de *Abiño*, *Sonbreve*, *S. Martin*, *Nombre de Dios*, *el Fresnillo*; y por medio de Alonso Pacheco, uno de sus mas bravos oficiales, envió una colonia de españoles al valle de *Guadiana*, de que tuvo origen la ciudad de Durango, que despues, erigida en obispado, fué capital de la Nueva-Vizcaya. El camino que hoy se tragina por Zacatecas, se dice haberlo abierto en los viages de su limosna el venerable siervo de Dios Fr. *Sebastian de Aparicio*, religioso franciscano, cuya memoria respira aun en toda aquella tierra un olor de suavidad, ni ménos la del venerable padre Fr. *Antonio Margil*, misionero apostólico del orden seráfico en la recoleccion de la *Santa Cruz* de Querétaro. El estático varon *Gregorio Lopez* puso allí tambien los primeros fundamentos de aquella vida admirable, que despues continuó por tantos años en Santa Fé, pequeño pueblo tres leguas al Oeste de México, en cuya Catedral descansa su cuerpo. Los primeros que predicaron la fé de Jesucristo, y fundaron convento en este país, como en los mas de la América, fueron los religiosos de S. Francisco. El convento de Zacatecas fué erigido en cabeza de provincia en el capítulo general de Toledo, año de 1606. La ennoblecen igualmente las familias de Santo Domingo, S. Agustin, la Merced, S. Juan de Dios, un colegio de misioneros apostólicos con la advocacion de nuestra Señora de Guadalupe, que fundó el venerable Fr. *Antonio*

† La historia de Zacatecas la ha escrito en estos últimos tiempos con el título de *Historia breve de la conquista de los estados independientes del imperio mexicano*, el padre Fr. Francisco Freges, cronista del colegio de nuestra Señora de Guadalupe: tiene mucho mérito literario por la belleza de su estilo, exactitud y crítica. Se imprimió en Zacatecas en 1838 en la oficina de Aniceto Villagrana. La literatura de este religioso es esquisita, y desconocida entre muchos de su orden.—EE.

Margil, colegio de la Compañía de Jesus, y un seminario de estudios de moderna fundacion, á cargo de la misma Compañía. No faltaron perseguidores á los jesuitas que procuraron impedir su establecimiento sembrando rumores poco decorosos á su nombre; pero al paso que para herir se ocultaba la envidia, la evangélica simplicidad protegida de la inocencia, se manifestaba abiertamente de un modo que no es capaz de remedar la hipocresía, y que añadido á la estimacion de lo mas noble y lucido de la ciudad, bastó para que por sí mismas se disiparan aquellas calumnias, que como aves nocturnas no podian sostener la presencia de la luz.

Entretanto se habia proporcionado este año lo que habia tantos que se deseaba de poder nuestros operarios ocuparse en la conversion de los infieles, uno de los principales motivos que habia tenido el rey católico para solicitar su venida á Nueva-España, y que habia contribuido en gran manera para que tantos y tan sábios maestros, dejadas las comodidades de los colegios de España, se hubieran sacrificado con gusto á las penalidades de tan largos viages. Entró á gobernar la provincia de Sinaloa D. *Rodrigo del Rio y Loza*, cuyos distinguidos servicios en el descubrimiento y pacificacion de aquellas mismas regiones le habian merecido de la M. del Sr. D. Felipe II el honor del hábito de Santiago. La historia de estas gloriosas expediciones escribió difusamente hasta su tiempo el padre *Andres Perez de Rivas* en un tomo de folio, intitulado *Triunfo de la fé*, que dió á luz á la mitad del siglo antecedente. Este autor tiene la recomendacion de haber florecido á los principios de la fundacion de estas misiones, y haber conocido á los sugetos de que trata, ó tenido de ellos muy recientes aun las noticias. Se halló por otra parte sobre aquellos mismos lugares de que escribe, y fué testigo de los maravillosos progresos de la fé en aquellas regiones, que cultivó en cualidad de misionero algunos años, *et quorum pars magna fuit*. Su relacion es exacta, sincera y bastantemente metódica. Debe estarle en un sumo agradecimiento nuestra provincia por el cuidado que tuvo en conservarnos las memorias de los antiguos sucesos, haciéndose lugar para escribir, en medio de las grandes ocupaciones de misionero de provincia, y de procurador á Roma dos veces, no solo la dicha *Historia* de Sinaloa, sino otros dos tomos manuscritos de las fundaciones de todos los colegios, que hasta su tiempo habia en Nueva-España. Los pocos ejemplares que en el dia se hallan de la historia del padre *Rivas*, su difusion, y el no defraudar esta ge-